



Marruecos ➔ España

“En el barrio antiguo de mi abuela vivía gente pobre, que sólo tenía para comer. No me gustaba estudiar, mis tíos han estado mucho tiempo en la escuela y para nada. En la calle con los amigos empezaron a pasarme por la cabeza las primeras ideas de emigrar. Me convencieron: “Si te quedas, no tendrás futuro ni nada”. Quien tiene un poco de cabeza se va a Europa, conozco mucha gente de mi barrio que se ha marchado y que han conseguido mejorar su situación. Veía en la tele como era Europa, y quería ser como ellos, esa es la verdad...”

Me llamo Mohamed y tengo 16 años. Ahora vivo en España, pero llegué a Europa por primera vez con 15 años recién cumplidos.

Nací en uno de los barrios populares de la ciudad del Fez, al norte de Marruecos, donde aún residen mis abuelos paternos.

Cuando era pequeño mi familia (padres y hermanos) se trasladó a uno de los barrios de la parte nueva de la ciudad: en el barrio nuevo no había problemas, estábamos tranquilos; en el barrio antiguo de mi abuela vivía gente pobre, que sólo tenía para comer. Yo entonces no quería separarme de mis abuelos, que me cuidaron desde que nací...

En casa vivíamos mis padres, mis hermanos Wasa y Mahmoud, y yo. Estando en España nació otro hermano (Zineb), que aún no me conoce.

Mi padre Adelaiha trabaja de camarero, siempre de noche, en una cafetería del centro de Fez desde hace más de 10 años. Tiene problemas con el alcohol. Mi madre, Kadeja, cose en casa ropa de estilo europeo, trabaja muchas horas para poder ayudar con el dinero. Por eso, a los 8 años me enviaron a vivir con mis abuelos. Allí también vivían mis tíos (uno es policía, otro electricista, y mi tía estudiante), que me dijeron que me ayudarían en los estudios. A partir de entonces me quedé en el barrio antiguo, aunque visitaba a mis padres y hermanos todas las semanas.

Mis abuelos me querían y me permitían libertad de movimientos; mis tíos a veces se enfadaban conmigo por no querer ir a la escuela: no me gustaba estudiar, mis tíos y mi tías me pegaban, pero no me gusta ir al cole. Tanto los maestros como mis tíos me obligaban a estudiar. Mis tíos han estado mucho tiempo en la escuela, y para nada.



Me quedé en la escuela hasta los 15 años, obligado y faltando mucho a clase. También ayudaba a mi tío electricista, pero ahí no había futuro. Cada vez pasaba más tiempo en la calle, engañaba a mis abuelos: me dejaba ver en la calle, ellos venían y me decían “Toma dinero y ve al cole”. Y yo: “Vale, vale”. Pero no iba casi nunca....

En la calle con los amigos empezaron a pasarme por la cabeza las primeras ideas de emigrar: hablábamos mucho de Europa. Un día nos sentamos y dijimos: Vámonos a Europa. Yo dije: “¿Para qué vamos a Europa? Tengo que dejar a mi madre, mi padre, mis abuelos...”, y me convencieron: “Sí, ya, pero si te quedas, no tendrás futuro ni nada”. Quien tiene un poco de cabeza se va a Europa, conozco mucha gente de mi barrio que se ha marchado –mi padre también se marchó y volvió- y que han conseguido mejorar su situación. Veía en la tele como era Europa, y quería ser como ellos, esa es la verdad...

Pensé: “Va, vamos a Europa. Pero hay mucho camino, no tenemos mar”. De los cuatro amigos que planeamos el viaje, sólo me acompañó uno. Estuvimos trabajando muy duro para poder viajar hasta Tánger. Ahorraba todo el dinero de mis abuelos y mi familia; empecé a vender de todo: muchas cosas que se guardan, hasta cables de electricidad. Tardé medio año en juntar el dinero para ir a Tánger, pero nunca hablé con mi familia de mis intenciones.

Un día cogimos el dinero y compramos el billete de autobús y nos marchamos: tardamos seis horas en llegar. Allí me di cuenta de que para venir a Europa hay que sufrir. Pasamos un mes en el puerto, esperando una oportunidad: No salíamos del puerto, allí había comida, de todo, vendían de todo allí. Aprendimos a buscarnos la vida: ves la gente como se busca la vida, y viene gente mayor que nosotros, chulos... Pero nosotros vivíamos en la calle, cuando el tren paraba entrábamos y dormíamos allí, buscábamos comida. Allí con 15 años aprendes de todo. A robar, a buscarte la vida, hay que comer y ya está...

Después de un mes conseguimos meternos en un camión que estaba en el parking del puerto: había mucha policía, pero estábamos tranquilos, nadie vino a nosotros ni nada. Esperamos más de una hora encima de una rueda de recambio del camión, hasta que el chofer arrancó, y por fin se metió en el ferry. Estábamos muy nerviosos y teníamos miedo de ser descubiertos.

Ya en el garaje del barco, aprovechamos la oportunidad para bajar y buscar otro camión. Buscamos comida, ropa, y miramos que el nuevo camión no tuviera cámara frigorífica. De repente encontramos uno lleno de mandarinas y nos metimos dentro de la carga haciendo un túnel hasta la zona de la cabina. A partir de entonces sólo recuerdo haber oído voces del exterior del camión a su paso por Algeciras. Pasamos más de tres días en el camión del salir: nos dejamos todo allí, toda la mierda allí. Teníamos comida y de todo: mandarinas, muchas mandarinas! Después bajamos al váter y oímos que la lengua que se hablaba no era español, ¡Estábamos en Francia!



En Francia mi amigo y yo nos separamos, porque vimos policías y empezamos a correr. Cuando nos quisimos volver a reunir ya no nos encontramos. Me vi de repente solo allí, y me sentí muy mal.

A los pocos días me di cuenta de que estaba en París. Vivía en la calle, y si alguna noche tenía suerte dormía en casa de algún marroquí. Algunos me decían: “Aquí en París te van a echar, vete a otro sitio”. Y me daban dinero para viajar. Me hacían un favor al verme con las ropas sucias. Yo buscaba y no encontraba nada, ni comida, ni dinero, ni nada...

A partir de entonces me trasladé a diferentes ciudades francesas y por otros países europeos antes de llegar a España.

En París, donde viví un mes mendigando, entré en el mundo del tráfico de drogas. Después estuve dos meses en Lyon, tres en Montpellier, y finalmente fui a buscar a unos familiares que tenía en Marsella, donde pasé otro mes. Nunca me detuvieron ni me ingresaron en ningún centro. Pero no me gustaba Francia, y no me acostumbraba al clima, ¡era el sitio más frío del mundo!.

Cansado de todo, decidí probar suerte otra vez debajo de un camión. Y así llegué a Ámsterdam, la misma ciudad donde a mi padre una vez le fueron bien las cosas. Allí empecé a manejar bastante dinero con el tráfico de drogas y robando a turistas. Primero vendía chocolate, después coca, después caballo... Era muy fácil. La policía me veía pequeño y no sospechaba. Vivía en casa de los que me proporcionaban la droga, y entonces tenía las necesidades bastante cubiertas. Viví allí más de dos meses, pero tampoco soportaba el frío.

El siguiente destino fue Bélgica, a donde fui en tren y autobús, como un turista. Allí me sentí desorientado, no acababa de entender el idioma. Volví a traficar con drogas. Aguanté más de tres meses viviendo así. Hasta que un día, coincidiendo con un amigo de Fez, pensamos en irnos a España para escapar del frío de Europa...

Después de 11 meses por diferentes países, de haberme escapado de la policía, y de no haber estado nunca en un centro, atravesé la frontera con España como un turista bien vestido dentro de un autobús. Nadie me paró para pedirme la documentación: me confundieron con un hijo de algún emigrante ya establecido. Además, ya podía hablar en francés.

Estaba cansado de la vida que había llevado. Como oí que en Almería había trabajo, viajé hasta allí. Lo único que encontré fue trabajo en la agricultura, y empecé en un invernadero, cultivando pimientos, sandías, melones... Trabajé más de 2 meses allí, y viví con los mayores. Pero me di cuenta que trabajar 10 horas cada día por 4.000 ptas. no era lo que yo había venido buscando desde Marruecos. En Almería todos eran marroquíes pobres. Vienen con pateras, y ¿qué saben? Sólo trabajar en el campo, y escondidos. A mí no me gusta eso.



Así que decidí volver a Holanda con unos amigos. Pero como no teníamos papeles, esperábamos pasar por la montaña. Un amigo nos esperaba con un coche en el paso de frontera francés, pero nos cogió la policía.

Nos llevaron a mí y a un amigo al Centro de Acogida de Girona, pero como estaba completo nos trasladaron al Centro de Urgencias de Barcelona. Sólo llegar allí nos escapamos y nos fuimos a la Plaza de Cataluña, para encontrarnos con otros chicos marroquíes. Otra vez intentamos pasar la frontera para marchar a Holanda. Y otra vez nos pillaron. Acabamos a puñetazos con la policía, y nos llevaron a Comisaría. De nuevo nos trasladaron al Centro de Urgencias, donde pasé más de cuatro meses.

Dormía en el centro muchas noches, otras en el puente de Glorias, con algún conocido; a veces en alguna pensión... Por el día me buscaba la vida vendiendo chocolate en Plaza de Catalunya, Plaza Real, Ramblas y alrededores.

Un día, después de una pelea, me desperté en el Centro de Acogida de Barcelona. Allí me quedé más de cuatro meses, sin fugarme. Pero un tiempo después llegó un amigo español y me dijo: "Vámonos de aquí. Este centro es una mierda". Me volvió a coger la policía, pero mientras estuve en la calle me marché a Lloret de Mar para aprovechar la temporada de verano con los turistas: por la noche vendía droga, y durante el día dormía e iba a la playa...

La segunda vez que me escapé del Centro de Acogida fue después de una pelea salvaje con los educadores, cuando vi que uno de ellos trataba mal a un compañero marroquí. Le empujé y me pegaron. Entonces me lié a puñetazos: ¡pim, pum, pum! Me llevaron 4 días al calabozo, en comisaría.

De vuelta se me amenazó con encerrarme en un Centro de Justicia si volvía a pelearme. Ya era un chico malo, pero no podía pasar de lo que le estaban haciendo a mi compañero... Decidí no volver al Centro de Acogida, no me había servido para nada después de 7 meses...

Volví a la calle, a la vida que llevaba allí. Pero no podía soportarlo, ni tampoco seguir mintiendo a mi familia. Dejé de llamarles... Un educador de calle del nuevo centro de día me dijo que me podría ayudar. Allí hice un curso de cocina durante dos meses, y por la noche dormía en la calle con un amigo, siempre en Glorias. Entonces volví a llamar a mi familia, y les dije la verdad.



Después de que los educadores consiguieran demostrar mi buen comportamiento, entré el servicio SAAEMI. Empecé a ir a clases de español, además del curso de cocina, y dormía en una pensión que me pagaba el programa. Mientras tanto, los educadores me tramitaron el permiso de residencia, pero empezaron a aparecer las causas pendientes que tenía con la justicia por vender droga: me cayeron un año y seis meses de condicional por ser menor. Cumplí más de seis meses.

Hice mis prácticas en un restaurante, pero después no encontraba trabajo porque mis papeles aún estaban parados por las causas pendientes.

Ahora vuelvo a encontrarme estancado. Estoy muy cansado ya, tengo 17 años y tengo barba... ¡Barba cada dos días ahora! Han pasado más de 8 meses y sigo esperando. Además, me cuesta administrarme con el dinero que recibo: antes llevaba bambas de 20.000 ptas, y ahora las compro con 3.000.

Me han descubierto traficando otra vez en la calle, y he sido expulsado de SAAEMI. Me he hecho mayor de edad sin haber conseguido el permiso de residencia. Ahora puedo ir a la cárcel.

En el centro de día me han ayudado para conseguir pagar la pensión y comer algún día, pero lo que más necesito es que me ayuden a solucionar mi situación legal...

